

¿QUÉ PODEMOS HACER PARA EVITAR EL SUICIDIO?

Luz de Lourdes Eguiluz Romo
Compiladora



Índice

Introducción	7
<i>Luz de Lourdes Eguiluz Romo</i>	
CAPÍTULO 1. El suicidio en la cultura maya: una aproximación psicoantropológica	13
<i>Gaspar Baquedano López</i>	
CAPÍTULO 2. Modelo de prevención e intervención del suicidio	41
<i>Roque Quintanilla Montoya</i>	
CAPÍTULO 3. Suicidio y psicoterapia	61
<i>Isabel Stange Espínola</i>	
CAPÍTULO 4. La terapia sistémica para personas con depresión e intento suicida	77
<i>Luz de Lourdes Eguiluz Romo</i>	
CAPÍTULO 5. Atención médica y psiquiátrica de la persona con comportamiento suicida	105
<i>María Patricia Martínez Medina y Alfonso Arellano Echánove</i>	
CAPÍTULO 6. Los sobrevivientes	121
<i>Sergio A. Pérez Barrero</i>	
Acerca de los autores	141

CAPÍTULO 1

El suicidio en la cultura maya: una aproximación psicoantropológica

Gaspar Baquedano López

El suicidio afecta a un creciente número de personas en el mundo. Sin ser privativo de ningún grupo humano, se observan tasas elevadas en sociedades culturalmente vinculadas, sin que hasta el momento sepamos con certeza las razones de ese predominio (Bertolote, 2001). Aunque en apariencia es un acto individual, las conductas autodestructivas se producen en contextos más amplios, por lo que la comprensión de este proceso puede enriquecerse mediante el análisis de su dimensión psicológica y sociocultural (Vijayakumar, 2004; Wasserman, 2001). Por esta razón es afortunado que en un texto de suicidología se disponga de un espacio para analizar los aspectos sociales y culturales de este problema.

A pesar de que Émile Durkheim, uno de los pioneros del estudio del suicidio, partió de la sociología (Durkheim, 2013), durante mucho tiempo la literatura científica sobre este tema ha sido sobre todo psicológica y psiquiátrica. Salvo excepciones, hasta hace poco los estudios socioculturales en torno al suicidio daban la impresión de ser agregados; aún más, si una investigación sobre el suicidio provenía de ciencias no directamente relacionadas con lo biopsíquico, a menudo se consideraba con escepticismo. Sin embargo, el suicidio no es solo un asunto psiquiátrico o psicológico; es un complejo proceso multifactorial que puede estudiarse a partir de disciplinas diversas que antaño no se relacionaban con este problema (De Leo, 2004; Silverman, 2004; Soubrier, 2004; Wasserman, 2004).

Los efectos de la simplificación biopsíquica y de la medicalización del suicidio podrían reflejarse en los cuestionamientos, cada vez más intensos, sobre la efectividad de los programas preventivos (Bertolote, 2004). Por ejemplo, ¿cuál sería el papel de los programas comunitarios cuando la complejidad del suicidio se reduce a la categoría de problema de salud mental? Como resultado de esta medicalización, la valiosa participación ciudadana en términos preventivos podría limitarse a enviar personas a

hospitales o centros de salud. Por el contrario, si el suicidio se considera como un proceso multifactorial ubicado en un contexto económico, social y cultural, el campo de las acciones comunitarias y de investigación se amplían enormemente.

Por mencionar un ejemplo, con este cambio de perspectiva la labor comunitaria de grupos voluntarios en las escuelas pondría más énfasis en la detección de la depresión, acción sin duda importante, pero reducida, y se ampliaría al sensibilizar a los docentes para incrementar la calidad de vida de sus alumnos, sin hacer hincapié en lo patológico. Asimismo, desde esta aproximación multidimensional, la investigación del suicidio abarcaría la comprensión de los efectos del proceso de globalización económica que impacta especialmente a las minorías étnicas; dicho de otra manera, en el exceso sobre los componentes biopsíquicos, se ha perdido la panorámica integral del suicidio que permitiría considerar otras importantes facetas del mismo, como los aspectos económicos y socioculturales.

Este capítulo sobre el suicidio se desarrolla con una perspectiva psicoantropológica y se enfoca en la cultura maya. Se propone una aproximación no occidental que permita 1) comprender la cosmogonía maya precolonial, 2) identificar el impacto de la conquista española y la imposición del cristianismo en la construcción de la imagen de la muerte en la cultura maya, 3) analizar los aspectos religiosos mayas relacionados con el suicidio, 4) interpretar el sentido del suicidio precolonial y contemporáneo, 5) reflexionar críticamente sobre el papel del Estado y la religión católica en este proceso y 6) señalar la importancia de los factores psicoantropológicos en la prevención del suicidio.

De entrada es necesario advertir que no se pretende un entretenido paseo por el llamado “mundo maya”, sino más bien una crítica a las estructuras de poder que oprimen esta cultura. Más que promoción de lo maya, se propone el análisis de los componentes suicidas observables en este grupo social. Para una mejor exposición del tema es conveniente dibujar una imagen general de la cultura maya, en particular de su religión y de algunas tradiciones y creencias respecto a la muerte, para posteriormente enfocarse al suicidio. La muerte es un proceso con múltiples facetas y una de las más dramáticas es el suicidio; para investigarlo se requiere una perspectiva lo más amplia posible de la imagen de la vida y la muerte construida por un determinado grupo social, por esta razón, en el presente trabajo las imágenes que de la muerte tiene la cultura maya se representan en tradiciones y creencias, y tienen un papel preponderante.

Los orígenes

De acuerdo con los paleontólogos, la Tierra tiene una antigüedad de 4 500 millones de años y se encuentra en un continuo proceso de transformación. Según estos expertos, la civilización actual surge al finalizar la era de Hielo (Pleistoceno) y desde hace 2.5 millones de años vivimos en la era Cuaternaria (Bolaños, 1992; Quezada, 2001; Rivet, 1960). La cultura maya floreció en lo que hoy conocemos como Mesoamérica, término relativamente nuevo en el lenguaje antropológico, que abarca poco más de la mitad del territorio mexicano y que incluye también otros países centroamericanos. En Mesoamérica se desarrollaron varias culturas, cada una con características específicas, que interactuaron entre sí. Para los fines del capítulo, interesan de manera especial la religión y las tradiciones mayas en su estrecha relación con la concepción del suicidio, por lo que resaltarán estos aspectos (Fernández, 2003; López Austin, 1997; Piña Chan, 2015; Ruz Lhuillier, 2011).

La cultura maya forma parte del mosaico mesoamericano y recibe una importante influencia de la cultura tolteca, como puede apreciarse en los asentamientos arqueológicos de Chichén Itzá, así como en la figura de Kukulkán, la serpiente emplumada, que dejó un sello en la vida y religión de los mayas peninsulares. Este personaje de origen tolteca fue considerado un héroe, un reformador político y religioso, mientras estuvo en Yucatán aproximadamente entre los años 967 y 987 (Krikeberg, 1997). Cabe mencionar que los sacrificios humanos que tanto impresionaron a los frailes españoles es probable que tuvieran su origen en la cultura tolteca.

La cultura maya, sin embargo, posee características propias, además de su extensión —en México comprende los estados de Yucatán, Quintana Roo, Chiapas y parte de Tabasco, y fuera del país incluye Guatemala, Belice, Honduras, Salvador, Nicaragua y una porción de Costa Rica—, en total, un área que abarca unos 325 000 kilómetros cuadrados. Entre sus características intrínsecas, su religión y sus tradiciones justifican su presencia en un texto de suicidología.

El suicidio ocupó un lugar preponderante entre sus prácticas, al grado de ser la única cultura prehispánica —y quizá también la única en el mundo— con una deidad consagrada al suicidio. De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2002) es precisamente la zona maya mexicana, situada en el sureste del país, la que tiene las tasas más altas de suicidio en México. Este problema es también preocupante en otras zonas mayas fuera del país, como Guatemala.

¿Hasta qué punto persiste en la actualidad la influencia de las creencias prehispánicas mayas en torno al suicidio? Esta es una de las preguntas que surgen cuando se investiga el suicidio desde una perspectiva amplia, en este caso psicoantropológica, y constituye una cuestión central en este trabajo.

Los mayas prehispánicos

De acuerdo con Sylvanus Morley (1975), la historia maya puede dividirse en tres épocas: Preclásica, que se extiende más o menos desde 1500 a.C. hasta 317 d.C., Clásica, que abarca de 317 a 889 y Posclásica, de 889 hasta 1697, fecha en que los últimos mayas fueron conquistados. El ascenso de la cultura maya comenzó en el período Clásico, pero después del año 900 declinó estrepitosamente; las ciudades quedaron abandonadas y los centros ceremoniales vacíos se cubrieron de jungla (Chase y Chase, 1990; Valdés, 1996). La causa de esta caída es incierta. Algunos autores hablan de cambios climáticos, enfermedades y desastres naturales, como huracanes o terremotos, mientras que otros sugieren que se produjo una rebelión de las grandes masas contra los abusos de la clase sacerdotal.

Cosmología maya prehispánica

La existencia de deidades benéficas y malévolas, opuestas unas a otras, caracterizaba el dualismo de la religión maya prehispánica (Turner y Turner, 1997). Se precisaba ayudar a los dioses buenos para que salieran victoriosos y, al mismo tiempo, calmar a los malignos. Según los mayas prehispánicos, el universo estaba conformado por tres grandes ámbitos en sentido vertical, de arriba abajo: el supramundo, dividido en trece estratos, correspondería en términos contemporáneos al cielo maya; la tierra, como nivel intermedio e imaginado de manera cuadrangular, era el centro del universo y ahí vivía el ser humano, y el inframundo, conformado por nueve niveles, equivaldría a la concepción cristiana del infierno (Vergara, 1997; Manzanilla, 1997).

Los dioses residían en los trece niveles superiores a donde Ixtab, la deidad del suicidio, llevaba a aquellos que se ahorcaban. El suicidio, relacionado de esta manera con el nivel superior 13, no fue únicamente permitido sino que también se asociaba al placer, ya que el paraíso maya era un atractivo lugar para descansar con abundante comida y bebida. De modo sorprendente, los números nueve y 13, correspondientes al supramundo y

al inframundo de la cosmogonía maya, se encuentran en numerosas creencias actuales acerca de la salud, la enfermedad, la vida y la muerte.

Un enorme árbol que comunicaba el supramundo con el inframundo se alzaba exactamente en el centro de la tierra. Se trataba de la ceiba (*Ceiba pentandra Gaertn*), árbol sagrado de los mayas (Freidel *et al.*, 1993), por sus raíces subían al mundo los ancestros mayas, mientras que por su tronco y ramas llegaban hasta el cielo más alto. Este árbol sagrado, que se encuentra con frecuencia en los montes de Yucatán, significaba el alivio del dolor terrenal al alcanzar los placeres de los cielos superiores. Más tarde la ceiba se rodeó de un halo de misterio, miedo, muerte y sensualidad. Es importante señalar que es precisamente el ahorcamiento en un árbol el método suicida usual en las zonas rurales de Yucatán, en oposición a otras maneras de quitarse la vida, por ejemplo con armas de fuego o envenenamiento; cabe señalar que tanto unas como otros son de fácil adquisición en esas áreas. El suicidio por ahorcamiento podría ser uno de los puntos de enlace entre los suicidios actuales y las reminiscencias paganas simbolizadas en la ceiba, imágenes que se proyectan en una leyenda contemporánea que será expuesta más adelante.

La conquista de los mayas yucatecos

El español Francisco Hernández de Córdoba descubrió Yucatán en 1517 y un año más tarde, en 1518, su compatriota Francisco de Montejo llegó a la isla de Cozumel, situada en el mar Caribe, en lo que es hoy el estado de Quintana Roo. Para entonces, los mayas yucatecos se encontraban dispersos y debilitados, como resultado de graves enfrentamientos internos. El primer contacto entre la cultura europea y la maya fue amistoso por parte de los mayas, cosa que animó a los españoles a avanzar hacia tierra firme y emprender la conquista de México. Sin embargo, el inicio de las hostilidades no se hizo esperar. La conquista de Yucatán rebasó los cálculos españoles, pues tardó 19 años: comenzó en 1527 y concluyó en 1546. La invasión española, con la imposición de modelos conceptuales ajenos, fue un suceso impactante que tocó la profundidad de la civilización maya. Su antigua religión fue prohibida y fueron obligados a profesar el cristianismo, siempre vigilados para que no regresaran a sus creencias (Bretos, 1983; Reed, 1971).

El choque de culturas hirió el modo de ser maya de forma muy profunda; esa autoridad y justicia nuevas representaron temor, miedo, inseguridad y caos (Feher, 1976; Márquez Morfín, 1996). La repercusión del genocidio, la desintegración social, la anomia, de acuerdo con Durkheim, han dejado

profundas huellas en la cultura maya, que podrían palpase en las actitudes actuales ante la muerte, específicamente frente al suicidio (Alvira y Blanco, 1998; Overington, 1998; Ramos, 1998).

La religión maya y el suicidio

En la religión se refleja de manera importante la ideología de un grupo social (Fromm, 1980). El estudio de la religión de una cultura permite explorarla en profundidad, entre otros motivos porque ofrece respuestas sobre el sentido tanto de la vida como de la muerte. De entre las culturas mesoamericanas, la maya es rica en creencias y tradiciones religiosas palpables todavía en la actualidad. Las principales fuentes de información sobre la religión de los mayas antiguos podrían dividirse en precolombinas y posthispánicas.

Las primeras son monumentos arqueológicos y libros jeroglíficos conocidos como los códices Dresde, Madrid y París (López Alonso y Serrano, 1997; Mathews, 1996; Sharer, 1998). Entre las posthispánicas están las crónicas españolas escritas durante la conquista de Yucatán, en particular las de fray Diego de Landa, así como documentos mayas escritos en español por los mayas durante y después de la conquista, los llamados *Libros del Chilam Balam* y el *Popol Vuh* (Anónimo, 1963; Abreu Gómez, 2014; Canto, 1995; Zapata, 1994).

La religión actual de los mayas yucatecos es un sincretismo del antiguo politeísmo y las manifestaciones exteriores cristianas. Aunque los mayas veneran a los santos de la Iglesia católica romana, se interesan poco en el fundador del cristianismo; al mismo tiempo, varias de las más importantes divinidades del antiguo panteón se han transformado (Thompson, 1975). En general, podría decirse que la cultura maya fue despojada de sus antiguas deidades, pero desarrolló una verdadera idolatría hacia las imágenes y santos católicos, cosa evidente en cultos y festividades.

Principales dioses prehispánicos de la vida

Itzamná era considerado el Gran Señor, dios del Sol, de la luz, el que da calor, cuyo poder hace germinar la tierra. Se le rendía culto no solamente por su calidad de astro, sino por su función como proveedor de vida. Ixchel era la deidad Luna, pareja de Itzamná, protectora de la fertilidad y la preñez, a ella se invocaba en los cuidados de la mujer durante el embarazo y el parto. Esta pareja divina, que habitaba en el supramundo, es figura central entre las deidades mayas.

Principales dioses prehispánicos de la muerte

Ah Puch era la deidad de la muerte, casi siempre aparece con el rostro, costillas y columna vertebral descarnadas, como un esqueleto. Esta divinidad reinaba en el último nivel del inframundo, el infierno maya. Ixtab era diosa del suicidio y se representa con una cuerda atada al cuello, por lo que se reconoce como la diosa de los ahorcados. Se pensaba que los suicidas, los hombres que caían en la guerra y las mujeres que morían de parto, iban directamente al paraíso, con Ixtab, razón por lo que era reconocida como una diosa benévola.

En relación con esta diosa, fray Diego de Landa (1938) escribió: “Decían también y tenían por muy cierto, iban a la gloria los que se ahorcaban, y así había algunos que con pequeñas ocasiones de tristeza, trabajos o enfermedades, se ahorcaban para salir de ellos, e ir a descansar a su gloria donde los recibía la diosa de la horca que llamaban Ixtab”. Esta deidad maya prehispánica, así como su presencia transformada en una conocida leyenda contemporánea, será objeto de un análisis más detenido. En términos generales, la religión actual de los mayas yucatecos combina elementos de su antigua religión con la nueva, fenómeno psicosocial observado en culturas que han sido dominadas (Fromm, 1980).

Actitudes contemporáneas sobre la muerte y el suicidio en la cultura maya yucateca

Las actitudes actuales respecto a la muerte y el suicidio en las zonas mayas de Yucatán tienen como telón de fondo diversas creencias religiosas. La muerte es un excelente observatorio que permite profundizar en las actitudes de una cultura, es mucho más que el cese de las funciones biológicas, hay muchas formas de morir como hay diferentes maneras de vivir trascendiendo el plano puramente físico. De esta manera puede hablarse de muertes emocionales, familiares, psicológicas y sociales que rebasan el estrecho espacio biológico. Las expresiones psicológicas y sociales de estas maneras de morir están reguladas por el poder, específicamente por el Estado y la religión, que norman las costumbres y las tradiciones. Desde esta perspectiva, que va más allá de la biología, entre las formas de morir destaca el suicidio, debido a que contiene una intensa carga emocional y socio-cultural. En este mismo sentido, quien se suicida culmina biológicamente una muerte que se había producido mucho antes. Su muerte física, por

ejemplo colgado de un árbol, culmina un proceso autodestructivo gestado con anterioridad.

Así, con una visión psicoantropológica, se describen actitudes recolectadas en el trabajo de campo con habitantes de las zonas rurales, las cuales tienen un significativo trasfondo cultural maya. Estas actitudes podrían de alguna manera reflejar la concepción religiosa maya-cristiana de hoy con respecto a la muerte y el suicidio.

Las actitudes en estos grupos se relacionan con la manera de imaginar la vida como una línea recta que comienza en el nacimiento y en la que la muerte indica el final de la trayectoria. Ambos momentos son decididos por Cristo quien, además, determina la forma de sufrir y morir. No está permitido interferir en estos designios y si alguien lo hace actúa bajo un influjo maligno. De esta manera, el cristianismo tiene un papel preponderante en la concepción maya del proceso vida-muerte, donde se enfatiza el sufrimiento y se minimiza el disfrute. La concepción prehispánica de la muerte era cualitativamente distinta.

En la actualidad, la muerte física natural se percibe como descanso, alivio del dolor cotidiano y en última instancia como el cumplimiento de la voluntad divina. Quien muere de forma natural provoca sufrimiento en familiares y amigos, pero también infunde esperanza por la posibilidad de una vida mejor, distinta de la terrenal. Quien muere de manera natural aceptó su sufrimiento, cumplió con sus deberes y ahora puede descansar.

Por el contrario, el suicida se encuentra en una situación distinta, ya que cede a los embates de la vida y no acepta los sufrimientos que Dios le envía. El suicida desafía la voluntad divina y traiciona al grupo al que pertenece, ya que escapa al sufrimiento y evade sus compromisos terrenales, por eso las actitudes hacia la muerte natural y el suicidio generan respuestas distintas en estas comunidades. Mientras que en la muerte natural se habla de descansar en paz, en el suicidio se habla de escape, pecado, castigo y de algo demoníaco. El suicida burla la prohibición, pero tal vez por eso despierta también cierto atractivo.

Las actitudes contemporáneas hacia el suicidio entre las personas entrevistadas que viven en zonas rurales son ambivalentes, ya que por un lado se censura el acto, pero por otro, se deja entrever que es una opción, una alternativa frente al sufrimiento, la pobreza y el cansancio de vivir. Podría decirse que en el ámbito consciente se rechaza el suicidio, pero inconscientemente deja una puerta entreabierta que conduce a la autodestrucción; es decir, no hay una oposición clara frente al suicidio, lo cual queda implícito en ciertas

CAPÍTULO 2

Modelo de prevención e intervención del suicidio

Roque Quintanilla Montoya

En el tránsito de la nada a la vida y después a la nada solo se interpone un instante individual, quizá el instante más largo e íntimo de la persona en su vida: el instante de la muerte que conduce a la nada, a la no existencia. Este fenómeno solo encuentra explicaciones satisfactorias en el contexto de la religión, o se trata como un problema serio, el suicidio: juzgar si la vida vale o no la pena de vivirse.

A lo largo de la historia de la humanidad se han registrado actos evidentes de suicidio y otros no tanto, lo que nos hace reconocerlo como un fenómeno humano y universal que ha estado presente a lo largo del tiempo. Se recuerda a grandes personajes que cometieron suicidio: Van Gogh, Ernest Hemingway, Robert Schumann, Cesare Pavese, Virginia Woolf, Manuel Acuña, Jaime Torres Bodet; este último escribió la siguiente nota póstuma: “He llegado a un instante en que no puedo, a fuerza de enfermedades, seguir fingiendo que vivo. A esperar día a día la muerte, prefiero convocarla y hacerlo a tiempo” (Gamboa, 1998).

Es patente que el suicidio no es nuevo, ha evolucionado con el hombre y sin embargo aún presenta dificultades tanto en su definición conceptual como en la elaboración de un modelo capaz de explicarlo. Las concepciones erróneas que la gente tiene sobre este dificultan aún más el abordaje científico, por lo que es necesario hacer algunas precisiones antes de exponer una visión general sobre el tema.

La aplicación del término a conductas diversas y las múltiples consideraciones sobre el suicidio solo han contribuido al incremento de la dispersión conceptual. Shneidman (1993) expone algunas dificultades que giran en torno a este acto. La primera se refiere al hecho de que la palabra “suicida” se aplica indistintamente a la persona que ha cometido, intentado y pensado en el suicidio. La segunda confusión se relaciona con la temporalidad de la acción y se aplica el concepto “suicida” para designar tanto a

una persona que cometió suicidio en el pasado, como para definir a una persona que en el presente lo comete. La tercera confusión se relaciona con el propósito, es decir, la intención.

Los términos suicidio y suicida son relativamente nuevos (Clemente y González, 1996); algunas fuentes los ubican en Gran Bretaña en el siglo xvii y otras, en Francia durante el siglo xviii, pero tradicionalmente se señala que la palabra tuvo su origen en el abate Prévost (1697-1763) en 1734, de quien la tomaron tanto el abate Desfontaines (1685-1745) en 1737, como Voltaire y los enciclopedistas.

La Academia Francesa la incluyó en el diccionario de 1762 como “el acto del que se mata a sí mismo” y el *Diccionario de la Real Academia Española*, en la quinta edición publicada en 1817, con una etimología latina paralela a la de homicida, *sui* = de sí mismo y *cadere* = matar: “Dícese del acto o de la conducta que daña o destruye al propio agente”. Esta concepción del suicidio como acto voluntario de matarse a sí mismo presupone, por parte del suicida, una idea de la muerte y la combinación consciente del deseo de muerte con la acción para llevar a cabo este deseo.

En este abanico de conductas tipificadas como “suicidas” se incluyen también aquellas que no concluyen con la muerte y que el sujeto provoca voluntariamente; se trata de tentativas, amenazas y pensamientos suicidas. En este sentido se aplica el concepto tanto a la persona que amenaza con suicidarse como a quien piensa en eso.

Algunos autores, como Pokorny (1986), proponen el término “suicidio consumado” para la muerte por suicidio y “conducta suicida” para una serie de acciones relacionadas, como tentativa suicida, ideación suicida, amenaza, etc. En tanto que, autores como Van Egmond y Diekstra (1989, en Villardón, 1993) se adhieren al concepto de “parasuicidio”, acuñado por Kreitman en 1969 (en Sarró, 1984), al considerar que el suicidio posee una intencionalidad de morir que no tienen todas las conductas autodestructivas y, por lo tanto, el parasuicidio supone un comportamiento autolesivo para el sujeto pero conscientemente no mortal, en tanto que el intento de suicidio es entendido como un suicidio fallido. En este sentido, el parasuicidio es equivalente al concepto de “gesto suicida” que utilizan otros teóricos.

Farberow (1980) acuña los conceptos de conducta autodestructiva directa (CAD) y conducta autodestructiva indirecta (CAI); en la primera se aglutinan todas aquellas que suponen una conducta autolítica —aquella que implique un daño leve o moderado al cuerpo y produce sangrado,

hematoma y dolor— consciente e intencionada, se busque o no la muerte. Las segundas integran todas las conductas que Shneidman (1985) clasificó como “subintencionadas” para identificar aquellas muertes en las que el sujeto inconscientemente influye para acelerar su muerte. Con la clasificación de conductas no solo se intenta dar respuesta a trastornos como la anorexia, la conducta de interrumpir la medicación prescrita en una enfermedad, la drogodependencia, la alcoholemia o el tabaquismo, sino incluso de deportes que implican riesgos y algunas otras prácticas de la vida cotidiana.

Estas conductas se diferencian en dos cosas fundamentalmente: en la temporalidad de la conducta y en la falta de conciencia de los efectos autodestructivos en las CAI, en las que además existe una racionalización y su comienzo es gradual aunque la muerte aparezca bruscamente y es rara la posibilidad de diálogo, mientras que en la CAD el diálogo toma la forma de demanda de ayuda.

Los intentos por clasificar la conducta suicida han sido variados y numerosos, cada clasificación se basa en aspectos distintos, la dificultad principal podría estar en dos: el primero, las múltiples disciplinas que han abordado el problema del suicidio, entre las que se pueden enumerar la sociología, antropología, psicología, filosofía y medicina, y segunda, la diversidad teórica y conceptual que emplea cada disciplina.

Estas diversas formas de clasificar la conducta suicida se pueden agrupar, de acuerdo con Ellis (1988), en la dimensión descriptiva, la dimensión situacional, la categoría psicológico-conductual y la teleológica. Con el fin de conocer más objetivamente un acto suicida hay que tomar en cuenta los aspectos de letalidad, certeza, intencionalidad, circunstancias atenuantes y método lesivo utilizado según apunta Pokorny (1986).

El fenómeno del suicidio siempre ha estado presente en el contexto del hombre, pero fue en el siglo XIX cuando se elaboraron las primeras teorías que intentan explicar con cierto rigor científico la conducta suicida; en términos generales se puede decir que son dos las vertientes tradicionales en las que se inscriben las explicaciones del suicidio: la social y la individual. La primera describe la conducta autodestructiva desde la perspectiva de la influencia de los factores sociales en la persona. En la segunda se encuentran sobre todo las explicaciones de la psiquiatría, la psicología y el psicoanálisis, que utilizan de manera privilegiada el estudio de casos. Una tercera propuesta es el diseño de modelos multidimensionales que intentan integrar tanto lo individual como lo social y rebasar el carácter reduccionista explicativo.

Un breve bosquejo nos muestra cómo el suicidio, aparte de constituir un gran enigma para la sociedad, plantea dilemas y dicotomías filosóficas, sociales, psicológicas, religiosas, culturales y económicas respecto a los años de vida productiva perdidos en el suicidio consumado o los costos de la atención en posversión en los casos de tentativas suicidas. El suicidio es un fenómeno con múltiples interpretaciones y sus causas son multifactoriales —desde problemas neurológicos hasta asuntos sociológicos, sin exceptuar lo transcultural—; esta diversidad dificulta el diseño consensuado de programas tanto para la intervención como para la prevención.

Luego de reconocer la diversidad de los conceptos y clasificaciones, partiremos de un modelo descriptivo de las entidades o factores que desempeñan un papel importante en la dinámica del suicidio (el modelo se desarrolla a partir de la figura 2.1). Se parte de aceptar que el fenómeno del suicidio tiene tres grandes estadios: suicidio consumado, tentativa suicida e ideación suicida, los cuales pueden darse secuenciados o aisladamente; en algunas circunstancias se pasa de la ideación suicida al acto, en otras ocurre el acto sin mediar ideación. Estas tres posibilidades están permeadas por un contexto social (sujeto social) y uno individual (*yo* personal), un *yo* que evalúa y toma decisiones, salvo en el caso de un estado psicótico o una conducta suicida derivada de un acto impulsivo, condición en la que la evaluación de las circunstancias y el acto de decisión deben interpretarse desde otra perspectiva.

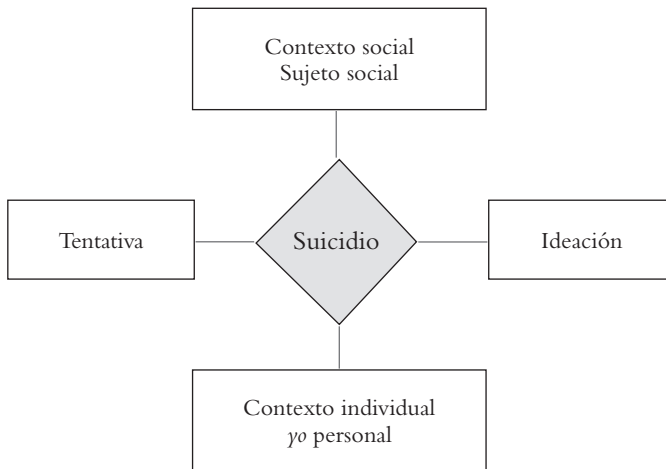


Figura 2.1. Factores que intervienen en el suicidio.

En el contexto social interactúan e impactan de forma inmediata cuatro factores: los medios de información, los grupos de pares —integrados principalmente por amigos de su comunidad directa—, el contexto familiar directo y el contexto escolar o laboral. Estos cuatro elementos juegan un papel importante en la configuración de las representaciones sociales del suicidio; aunque este concepto requiere una explicación más extensa, lo simplifico como el sentido común acerca del suicidio, integrado por creencias y valores con los cuales se interpretan los acontecimientos y se toman las decisiones. Esta es una esfera dinámica de construcciones y deconstrucciones de acuerdo con el grupo de edad, grupo social de referencia y las cogniciones derivadas de la interacción cotidiana con el *alter ego*.

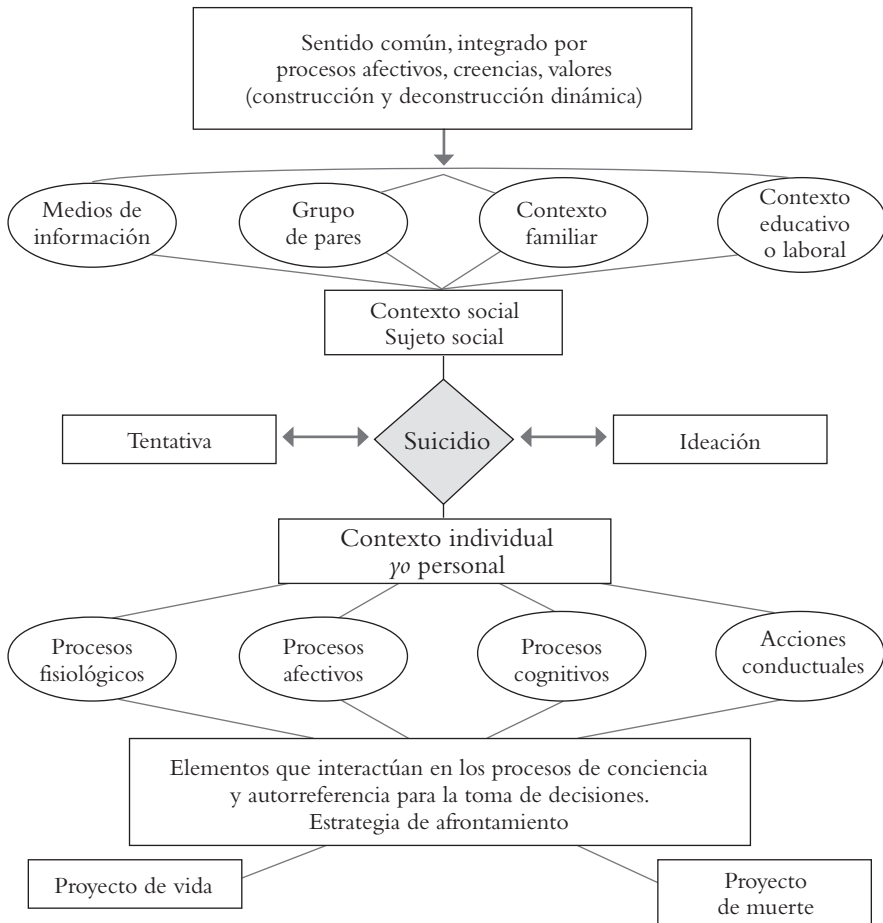


Figura 2.2. Representaciones sociales del suicidio.

En el contexto individual, hablamos de un sujeto que tiene un cuerpo biológico con el cual enfrenta su mundo circundante, si este cuerpo está sano o enfermo, atlético o enclenque, frágil o adaptado, será o no un recurso a su favor para afrontar conflictos. En tanto que en la esfera psicológica se presentan los procesos de sentir, pensar y hacer, de tal manera que los cuatro factores mencionados interactúan de forma dinámica en los procesos de conciencia y autorreferencia para la toma de decisiones; esta toma de decisiones podríamos equipararla a la estrategia de afrontamiento que conduce hacia un proyecto de vida o hacia un proyecto de muerte (figura 2.2). A partir de este esquema se desarrollan los puntos de intervención para la prevención.

De acuerdo con la figura 2.3, identificamos tres posibles momentos, que pueden o no presentarse de forma secuencial: algunas personas que cometieron tentativa suicida no presentaron ideación, otras presentan ideación suicida sin llegar a la tentativa.

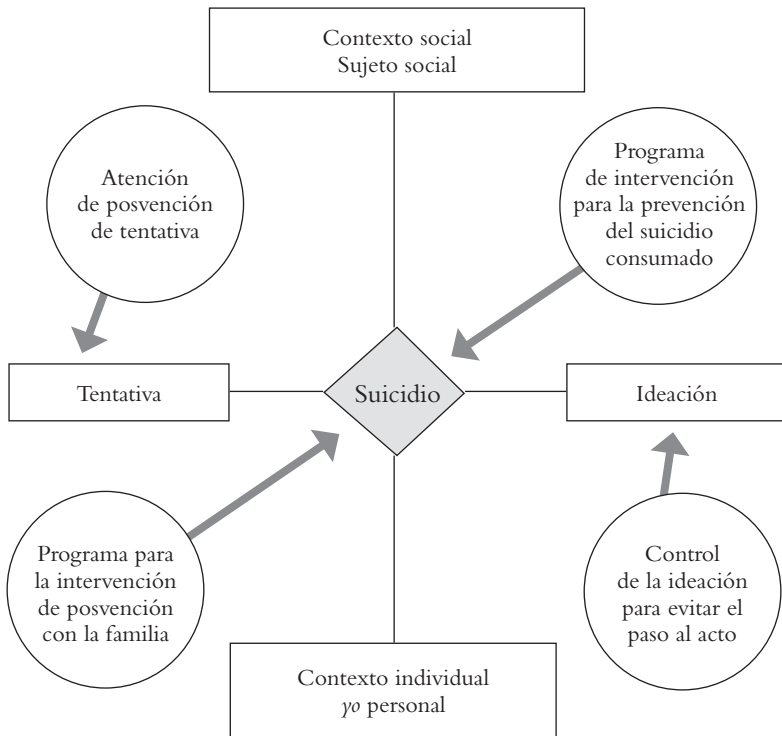


Figura 2.3. Puntos de intervención de la prevención.